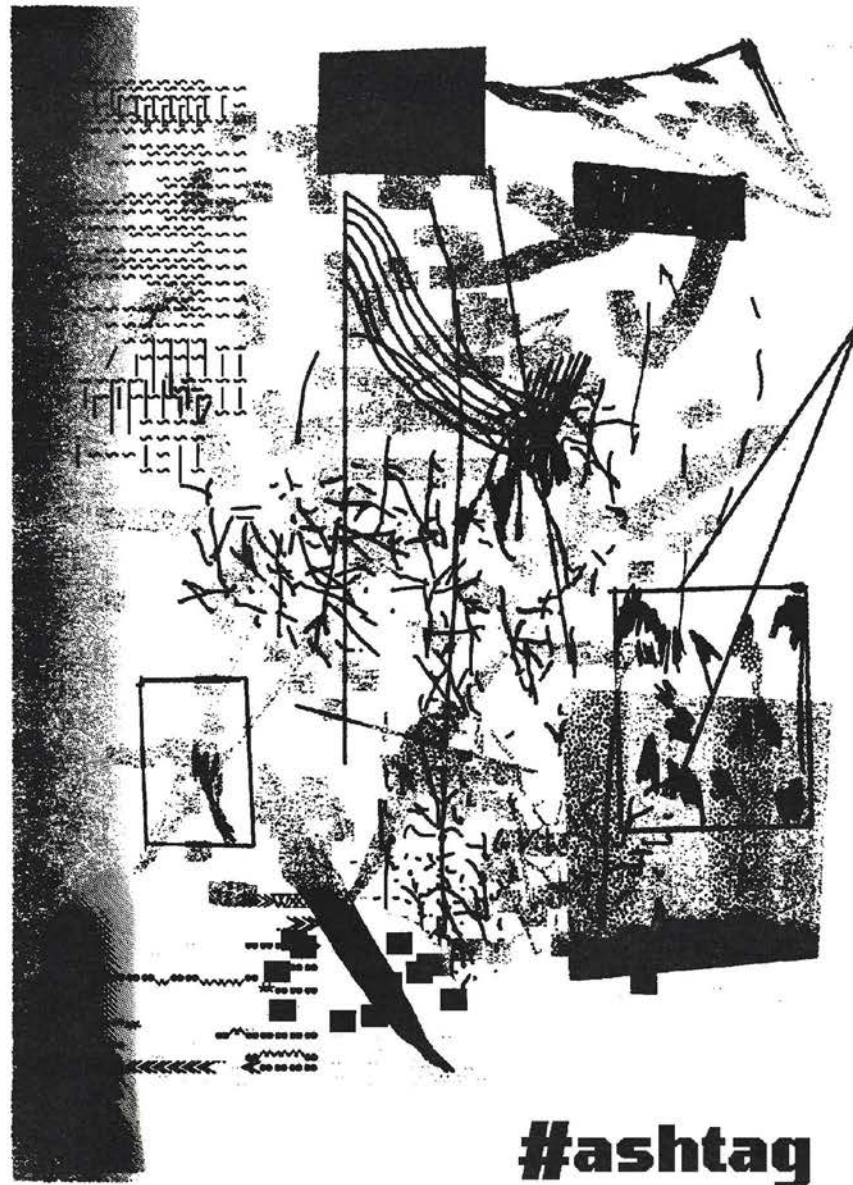


IDENTIDAD Y DATIFICIO



#ashtag

Identidad y Datificio

Esta publicación es parte del ciclo Hashtag #4 | DATIFICIO 2026

Acerca de HASHTAG

HASHTAG invita a explorar, a través del arte, cómo las tecnologías exponenciales reflejan y participan de transformaciones sociales y culturales. Promueve el diálogo entre agentes de las artes digitales y electrónicas, actores del ámbito tecnológico y pensadores de futuro, buscando impulsar una relación activa y consciente con la tecnología.

HASHTAG nació en 2023, creado por Gabriela Serkin en el Pabellón de las Bellas Artes de la UCA, como un espacio de cruce entre arte, tecnología y pensamiento de futuro. En 2025, Martín Parselis se incorporó a su desarrollo y curaduría. La primera edición presentó el campo del arte, la tecnología y los NFTs; HASHTAG #2 | Eutopía, en 2024, preguntó por los buenos lugares que podemos construir; HASHTAG #3 | Cosmotécnicas, en 2025, abordó la diversidad de vínculos entre técnica, cultura y territorio. En 2026, HASHTAG #4 | Datificio desplaza la mirada hacia la identidad construida con datos.

www.hashtagsite.ar

www.instagram.com/hashtagsite.ar



Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Identidad y datificio / Gabriela Serkin ... [et al.] ; Compilación de Gabriela Serkin ; Martin Parselis ; Ilustrado por Pedro Sartorio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Martin Parselis, 2026. Libro digital, PDF

*Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-01-9190-4*

*1. Identidad. 2. Arte. 3. Tecnología. I. Serkin, Gabriela II. Serkin, Gabriela, comp. III. Parselis, Martin, comp. IV. Sartorio, Pedro, ilus.
CDD 700*

-*Vivir en Datifícios* | **Martín Parselis**

-*¡Atención!* | **Gabriela Serkin**

EXPERIMENTACIÓN ARTÍSTICA

-*El rol de los sentidos en la construcción de la identidad* | **Juan Miceli**

-*La digitalización de los cuerpos* | **Solimán López**

-*Futuro Brillante* | **Claudio Roncoli**

-*Un universo de conjeturas hacia una identidad evanescente* | **Joaquín Fargas**

-*El datificio antropófago: la identidad colectiva latinoamericana en la era de los datos* | **Enrique Avogadro**

-*Habitando límites* | **Andrea Estankona Loroño**

-*Internet del Valor: identidad y reputación* | **Diego Gutiérrez Zaldívar**

-*Programar lo que dejamos ver* | **Santiago Palladino**

PROBAR QUE SOMOS HUMANOS

-*Identidad digital auto-soberana* | **Leonor Guini**

Nuestro modo de existencia incorpora necesariamente átomos, energía... y un nombre propio. Un nombre que nos identifica unívocamente, que portamos durante nuestra vida. Un constructo simbólico que es parte de lo que somos; y que hoy también se entreteje necesariamente con datos, que es identidad, que es un datificio.

Inventamos una palabra como eje de la cuarta edición de Hashtag: datificio. Para nombrar aquello que construimos con datos. Un término, quizás, más honesto que inteligencia artificial, que se apropia del significado de "inteligencia" sin serlo; o que la nube, metáfora de un espacio intangible, aunque descansa sobre enormes centros de datos, infraestructura, energía y territorio. Datificio pone el acento en el artificio que, con nuestra propia participación, hemos levantado. Acaso una capa adicional de realidad desde el surgimiento de Internet.

La identidad está atravesada por el datificio. Allí se contrae y se expande; irradia datos y es moldeada algorítmicamente. Cada interacción deja una huella. Cada huella alimenta sistemas de clasificación, anticipación y seguimiento, hasta contribuir a la construcción de una máscara antepuesta a quienes somos.

¿Este datificio crea identidades capturables y replicables? ¿Qué posibilidades tenemos de escapar de procesos que conducen a la extimidad no consensuada? ¿Qué es nuestra identidad cuando las miradas se posan en nuestros datificios?

Esta publicación reúne textos de profesionales y artistas a quienes invitamos a aportar sus miradas y reflexiones en torno a la identidad y los datos.

Gabriela Serkin | Martín Parselis

Vivir en Datificios

Martín Parselis

Cuando las redes informáticas tenían el rol de simples transportadoras de paquetes de datos imposibles de interpretar por humanos, nos enfocamos en la efectividad técnica. Las capas de nuevos protocolos y lenguajes que permitieron acercar datos e información a interfaces de alto contenido simbólico y lenguaje natural abrieron nuevos horizontes de sentido. Y a partir de allí creamos un nuevo entorno para el habitar humano.

El verbo “habitar” es un hiperónimo: contiene miles de acciones que pueden enmarcarse dentro del desarrollo vital en un entorno determinado. Acciones que se producen experimentando la eterna tensión entre las estructuras y la agencia. Entre lo dado y normativo, y la posibilidad volitiva o el ejercicio de una libertad situada.

Para habitar es necesario adoptar alguna forma de ser. Pero los modos de existencia adoptan formas ecológicas dentro de un entorno dado. Así como la posibilidad de existencia biológica necesita del aire, y los derechos ciudadanos necesitan de la pertenencia formal a una organización social; el modo de existencia online también muestra fuertes interdependencias e interacciones complejas.

Esta existencia “deshuesada”, en tanto existencia real, puede mostrarse en plenitud como también diluirse detrás de siluetas y acciones anónimas. Puede formarse de manera distribuida a partir de fragmentos como un mosaico, o establecerse en redes desde la lógica foránea de las organizaciones modernas.

Sin embargo, “ser” en las redes tiene algunos rasgos heredados. La mirada del otro no es ajena a este entorno vital como condición psicológica de la construcción de la identidad. Del mismo modo que la alteridad está presente cuando la

motivación principal es la de participar de una comunidad. Aprender a habitar nuevos entornos implica necesariamente reconceptualizar sus regularidades, sus objetos, sus relaciones. Muchas veces no tenemos las palabras adecuadas y utilizamos palabras de otras disciplinas o entornos. Una billetera virtual no puede contener billetes. La leche de almendras no es leche. Los conductores de Uber no son socios. La inteligencia artificial es algo artificial ciertamente, pero no es inteligencia.

Así como vivimos en casas y apartamentos que se integran con un entorno, existe un cúmulo de datos e información asociados directamente con cada uno de nosotros. Una estructura, casi una vivienda, que es nuestro espacio entre datos. Basta con pensar que somos parte de un acto jurídico repleto de información desde el primer minuto de nuestro nacimiento, acompañado de un número que nos otorgan de por vida: el DNI.

Así como en hueso edificamos, deshuesados datificamos: al edificio le corresponde el datificio.

Lo que importa es el onsite

Inventamos palabras específicas para dar cuenta de qué espacio habitamos.

Online cuando nos subimos a cualquier red, masificado por estar en la Web, época de descubrimiento de las comunidades y las posibilidades de colaboración. Desde finales de los 90 (con una hermosa proliferación de material analítico para entenderlo), pasando por la Web Social entre principios de 2000 hasta 2009 o 2010. La Declaración de Independencia del Ciberespacio es, tal vez, una buena muestra de la cultura de las redes de la época. El cambio de década llegó acompañado de la contaminación de las redes por parte de actores sin ninguna vocación por las comunidades y la colaboración. Llegaron los medios, las celebrities y los deportistas. Llegó entonces la explosión publicitaria y el

control gubernamental.

Onlife cuando buena parte de la humanidad ya estuvo conectada y ya sin posibilidades de desconexión. La dependencia ya era evidente y las redes y los dispositivos se configuraron definitivamente como tecnologías críticas. La plataformización se aceleró y el extractivismo de datos se convirtió en industria. La identificación de los usuarios fue una de las bases datificadas para que cualquier base de datos sepa mucho más de lo necesario sobre nosotros; incluyendo a los gobiernos que con bastante desparpajo implementaron una vigilancia cada vez más profunda.

Onchain, cuando las redes blockchain comenzaron a interesar como entornos para la construcción de nuevos datificios. El imaginario se asocia a las criptomonedas y diversas estafas famosas, pero las redes cripto descentralizadas son una capa más basada en la privacidad. Así como en tiempos de la Web 2 había valores y horizontes de sentido asociados a la posibilidad de la colaboración; en las redes cripto (como en la creación de otros protocolos alternativos a los de la Web) se busca escapar de la vigilancia permanente.

La puja entre estructuras y libertades está abierta. En muy pocos años cambiamos de forma de ver las redes muchas veces, y no parece ser una discusión que vaya a terminar. De hecho, son conflictos que se van sumando, en lugar de reemplazarse.

La propia Internet Society mantiene con mucha voluntad la participación de la Sociedad Civil como un garante de nuestros derechos sobre las redes.

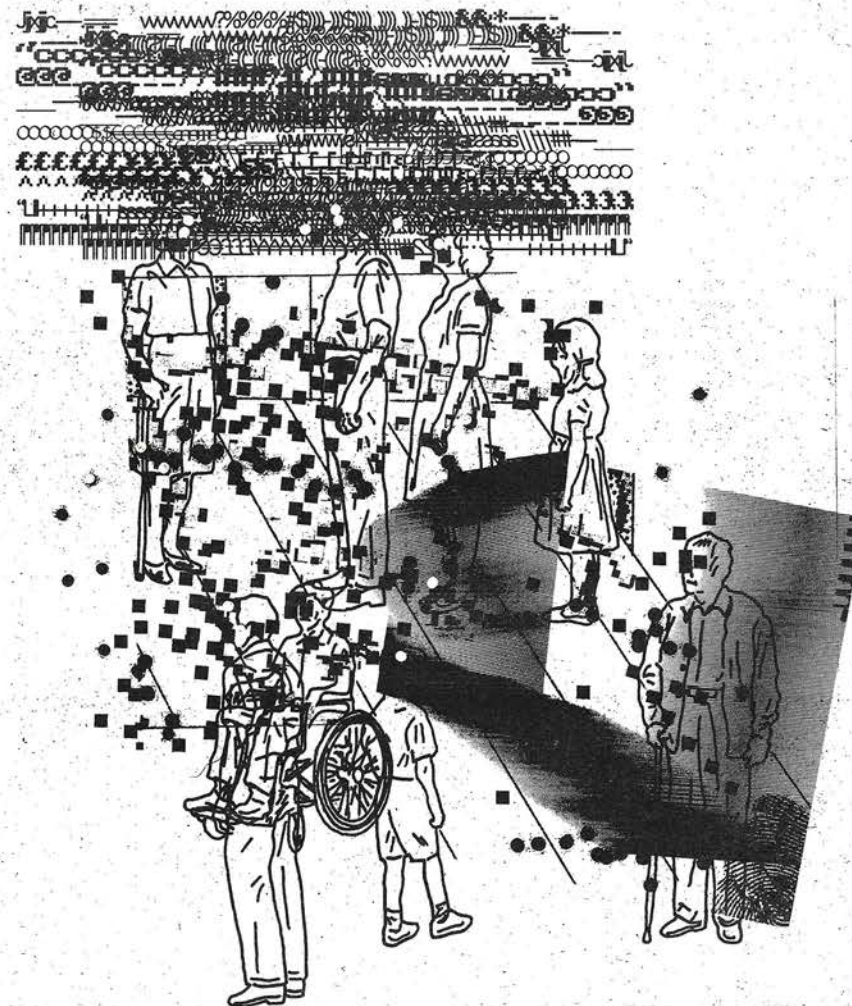
Onsite: estar en un lugar, también fuera de las redes. Habitar es estar onsite, junto con tantos otros que lo están. Otros que también viven en datificios; que nos miran como los miramos; que son un “otro” en sentido antropológico.

El reconocimiento del otro siempre estuvo mediado. Siempre tuvimos mandatos y condicionamiento históricos, simplemente por haber nacido en un momento y en un lugar dado. Pero las escalas y las tecnologías son otros mediadores que, a medida que se vuelven críticos, se vuelven estructurantes. El otro en la experiencia onsite hoy está profundamente mediada. Entre otras cosas por la identidad distribuida, teselada, fragmentada, que se construye.

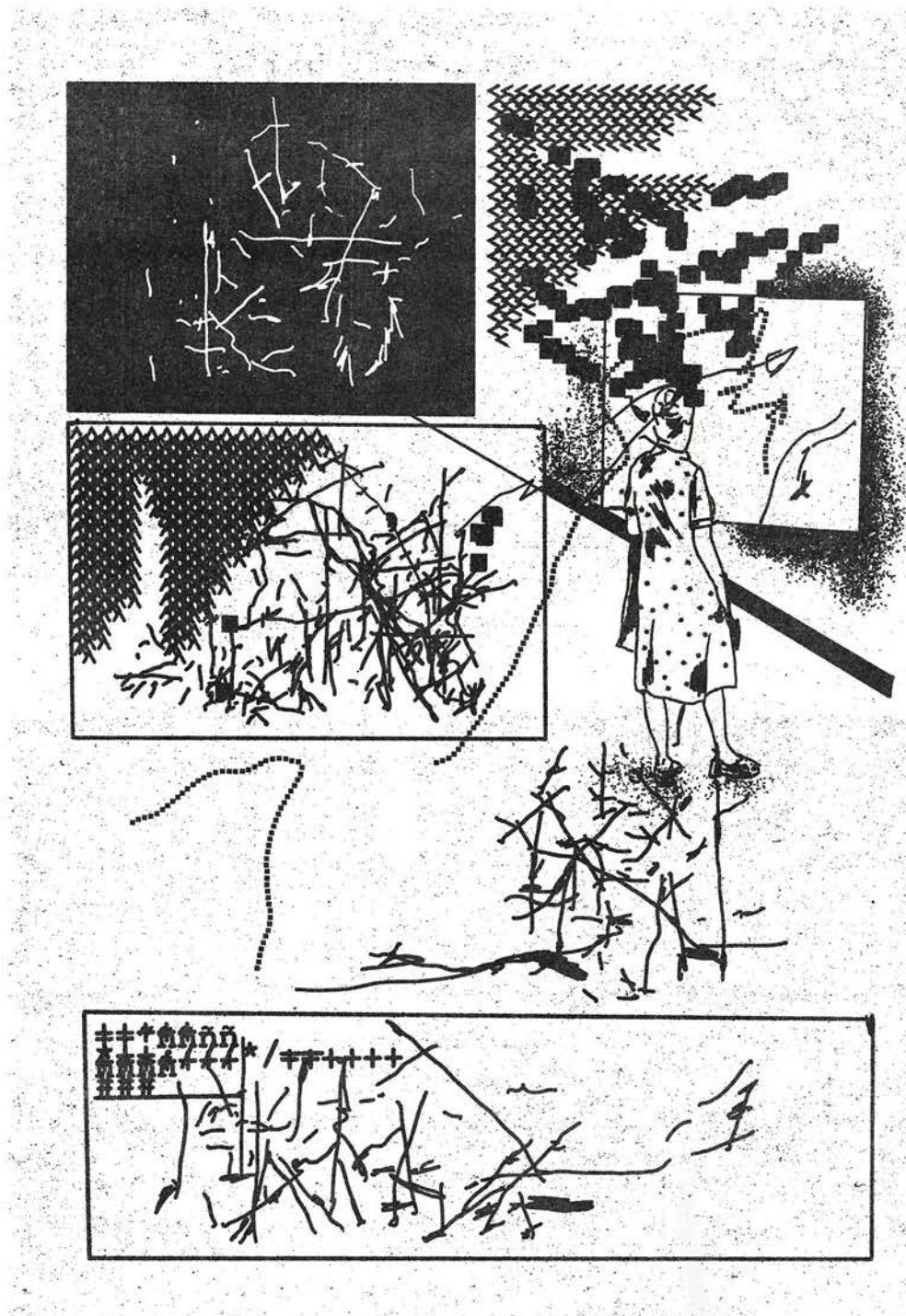
Si nuestros datificios hablan de nosotros, completamos nuestra identidad con construcciones adaptadas ecológicamente a los entornos. Pero hay otras adaptaciones más sutiles, a veces voluntarias y otras no tanto. Así como toda situación propone un rol, una norma; la adaptación propone una máscara.

Podremos ser honestos y comunicarla abiertamente. Crear un acuerdo sobre un rostro que oculta nuestra intimidad, como un valor deseable. Pero también podremos proclamar una máscara proyectada como auténtica, sin que nos represente. Y la dialéctica entre ellas en las redes se construye con datos.

¿Qué datificios cuidan nuestra intimidad, y cuáles vulneran la honestidad del rostro que esconden?



Martin Parselis es investigador, docente y autor argentino especializado en tecnología, cultura y filosofía de la técnica. Su trabajo cruza arte, diseño, educación y estudios CTS, con foco en las “tecnologías entrañables” y en modos críticos de habitar lo técnico. En HASHTAG participa desde 2025 colaborando en curaduría, producción y la reflexión conceptual sobre arte y tecnología.



¡Atención!

Gabriela Serkin

Hubo un momento sin internet.
Hubo un océano de conocimiento libre
Hubo algoritmos
Hubo redes sociales

Otto Scharmer sostiene que la energía sigue a la atención

En nuestra relación con Internet, nos llamamos usuarios: un término que remite a un vínculo entre quien utiliza un servicio y quien lo pone a disposición. Ciertamente, la palabra resultaba adecuada para las primeras épocas de la red, concebida principalmente como una infraestructura que facilitaba el acceso al conocimiento, ya no a través de grandes volúmenes impresos sino mediante la facilidad de los bits.

Sin embargo, durante las últimas tres décadas, la relación entre nosotros —las personas— y las plataformas digitales fue transformándose profundamente. Hacia fines de los noventa, las empresas que comenzaban a organizar nuestra experiencia online debieron encontrar modelos que les permitieran sostenerse económicamente. Bajo la aparente neutralidad de la relación servicio-usuario, comenzaron a desarrollarse modelos basados en la captura de datos y, progresivamente, en una creciente disputa por nuestra atención.

Acaso el algoritmo PageRank de Google, desarrollado a fines de los años noventa, fue pionero en este sentido. Su función era —y sigue siendo— ordenar los resultados de búsqueda asignando relevancia a las páginas a partir, entre otros factores, de los enlaces recibidos. Lo significativo no es sólo su mecanismo, sino el cambio que representa: entre aquello que buscamos y aquello que encontramos aparece una mediación algorítmica que jerarquiza la información según criterios en cuya definición el usuario no participa.

De esta manera, la información que encuentra el usuario en una búsqueda ya no depende exclusivamente de la disponibilidad de ésta, sino también de la relevancia que los algoritmos le asignan. Sobre aquel océano de conocimiento disponible aparece entonces una primera capa algorítmica que ordena, jerarquiza y, de alguna manera, otorga mayor visibilidad a unos contenidos que a otros. Puede entenderse como una ayuda que facilita la navegación en un universo cada vez más vasto de información; también como un filtro o una interposición entre el usuario y aquello que busca.

Los algoritmos no nacieron con Internet. Utilizamos procedimientos algorítmicos desde la antigüedad. El problema no es el algoritmo en sí, sino qué criterios utiliza, si éstos son informados a los usuarios y qué capacidad tenemos de intervenir sobre ellos.

Una capacidad colonizada

Con la expansión de las redes sociales, y de la llamada Web 2.0, se sumó una nueva capa de mediación. Ya no sólo para ordenar la información, sino también para personalizar los contenidos. Las plataformas comenzaron a aprender de nuestras interacciones —qué miramos, qué elegimos, cuánto tiempo permanecemos, qué ignoramos— y a utilizar esos datos para retroalimentarnos con nuevos contenidos “adaptados a nuestros intereses”. para mantenernos así conectados online el mayor tiempo posible.

En la época del *scroll* infinito, el tiempo parece acelerarse y la atención se coloniza. La noción de atención comenzó entonces a desplazarse del “prestar atención” —una capacidad asociada históricamente a la concentración y contrapuesta a la distracción— hacia el capturar la atención, entendida como recurso de valor. Herbert Simon anticipó esta tensión en 1971: la abundancia de información produce escasez de aquello que la información consume: la atención.

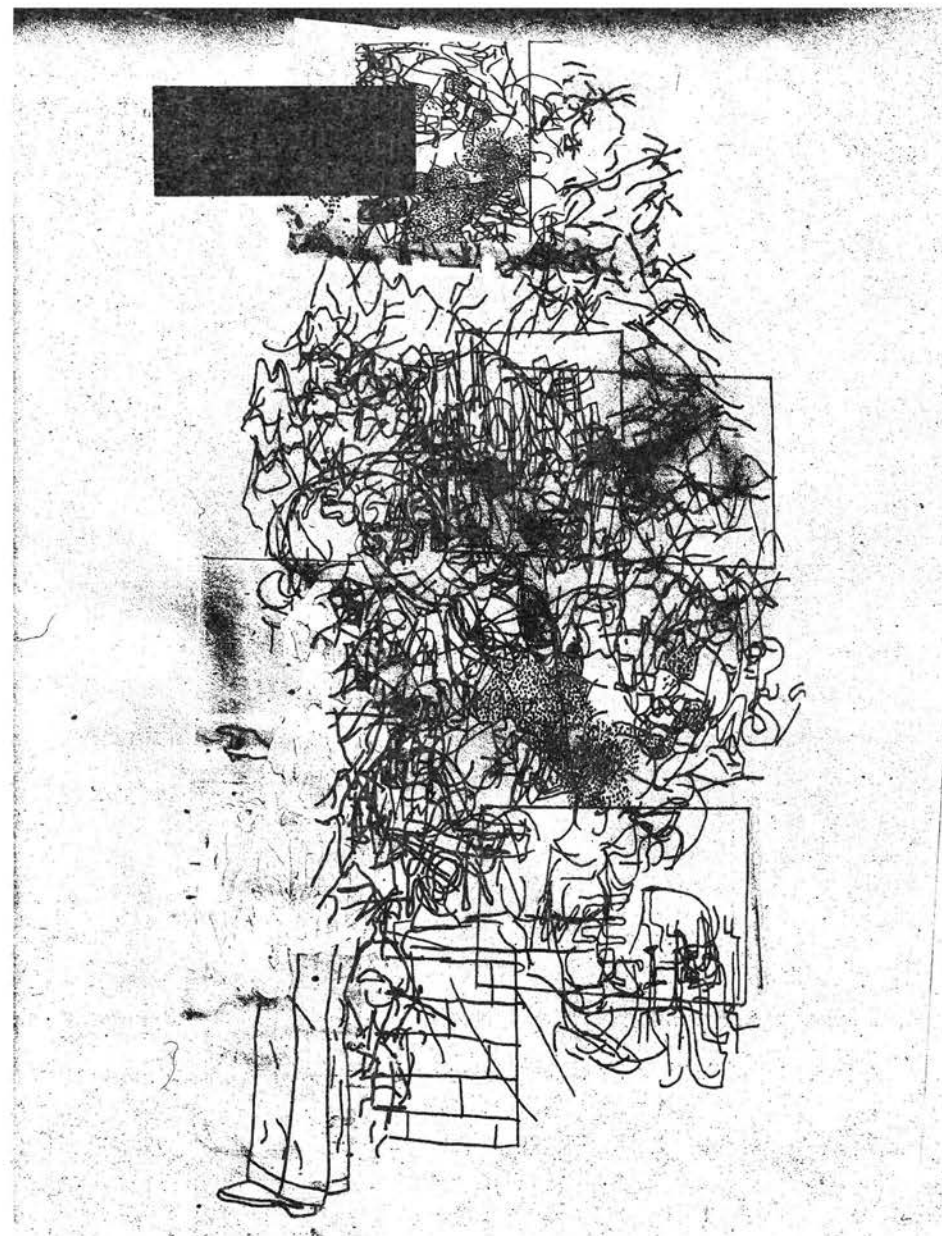
Décadas más tarde, comenzamos a nombrar esta situación como economía de la atención, y ésta dejaba de ser únicamente una facultad del sujeto para convertirse también en un recurso económico disputado por sistemas diseñados para retenerla. La atención pasó a ser un recurso de construcción de poder, estratégico para los mercados y la política, entre otros. Quien logra orientar la atención, incide en el consumo, en el pensamiento, en la sociedad.

Es así como los modelos parecen empáticos: nos conocen, nos entienden, responden cada vez mejor a nuestros intereses. Y esa aparente cercanía es también resultado de un circuito que se perfecciona con cada interacción. Detrás del vínculo usuario-servicio de Internet, opera hoy un complejo engranaje de datos, algoritmos y atención. Los algoritmos capturan un tendedero de datos, que a su vez les permiten anticipar comportamientos y personalizar(nos) los contenidos.

El riesgo es quedar encerrados en circuitos de repetición: moldes virtuales e intangibles, endogamias que formatean usuarios con una percepción filtrada de la realidad. Identidades comoditizadas. Construimos un datificio que nos representa, pero que también interviene sobre nosotros. ¿Qué sucede entonces con la identidad cuando aquello que hacemos contribuye a construir el entorno que, a su vez, orienta lo que vemos, elegimos y pensamos?

Conservar el espíritu crítico quizás nos permita detectar estos mecanismos y salir de la lógica de sistemas cada vez más capaces de anticipar y orientar nuestros deseos y nuestras decisiones. Porque éste no es el único modelo de red que existe, sino el más expandido. Hacerlo visible puede ayudarnos a una relación más consciente con sistemas que participan, de forma creciente, en la construcción de nuestra mirada. Así, interrumpir automatismos para preservar la posibilidad de construir una identidad propia, y considerar otros modelos de red, hoy menos extendidos. Como la Web3, una red que privilegia la soberanía individual, una red donde los roles se invierten y el dato pertenece al usuario.

Conservar el espíritu crítico quizás nos permita también preservar una identidad común de lo humano. Y, desde esa conciencia, imaginar nuevas maneras de habitar y relacionarnos en un mundo datificado.



Gabriela Serkin es creadora de Hashtag. Artista visual, curadora, futurista. Licenciada en Sistemas, especializada en soluciones IoT. Socia de Triarsa. Autora de Headless, publicado en 2025 por UDL-Planeta, libro que explora los orígenes filosóficos y técnicos de la criptoeconomía y su impacto.

EXPERIMENTACIÓN ARTÍSTICA

El rol de los sentidos en la construcción de la identidad

Entrevista a Juan Miceli

En tu trabajo te referís a los sentidos como umbrales e interfaces que organizan, de manera situada, nuestra experiencia del mundo. Hablás de matrices de control incorporadas al cuerpo; y en tu práctica artística, explorás formas de desclasificar esas estructuras perceptivas. ¿Qué preguntas te surgen cuando esa organización de la percepción se invierte como cuando experimentás la suspensión? ¿Cómo creés que la disposición de estas interfaces —especialmente la visión y el tacto— participa en la construcción de la identidad?

Juan Miceli: A partir de mi práctica de la suspensión, en 2010, empecé a tomar conciencia, desde el propio cuerpo, de que la perspectiva era una máquina incorporada a la visión. Esa experiencia puso en marcha mi investigación sobre las matrices de control.

En un principio trabajé con la perspectiva monocular renacentista, que solemos asociar a una noción inmaterial. Sin embargo, está vinculada a una máquina de perspectiva que exige situar un ojo en una posición determinada. Es esa disposición la que construye un mundo. En primer lugar, nos separa de aquello que estamos mirando y, en ese sentido, constituye una interfaz corporal. Hay una máquina que se interpone entre nosotros y lo que vemos.

Es muy difícil separar la máquina de perspectiva de una determinada noción del paisaje. Hay, al menos, un doble proceso: yo creo que utilizo la máquina para representar lo que veo; pero, al mismo tiempo, esa máquina va construyendo una identidad que se piensa monocular, separada de aquello que mira y convencida de estar en control.

Hay también una cuestión vinculada con la idea de correspondencia. Si observamos, por ejemplo, la máquina de perspectiva de Durero, encontramos imágenes en las que el

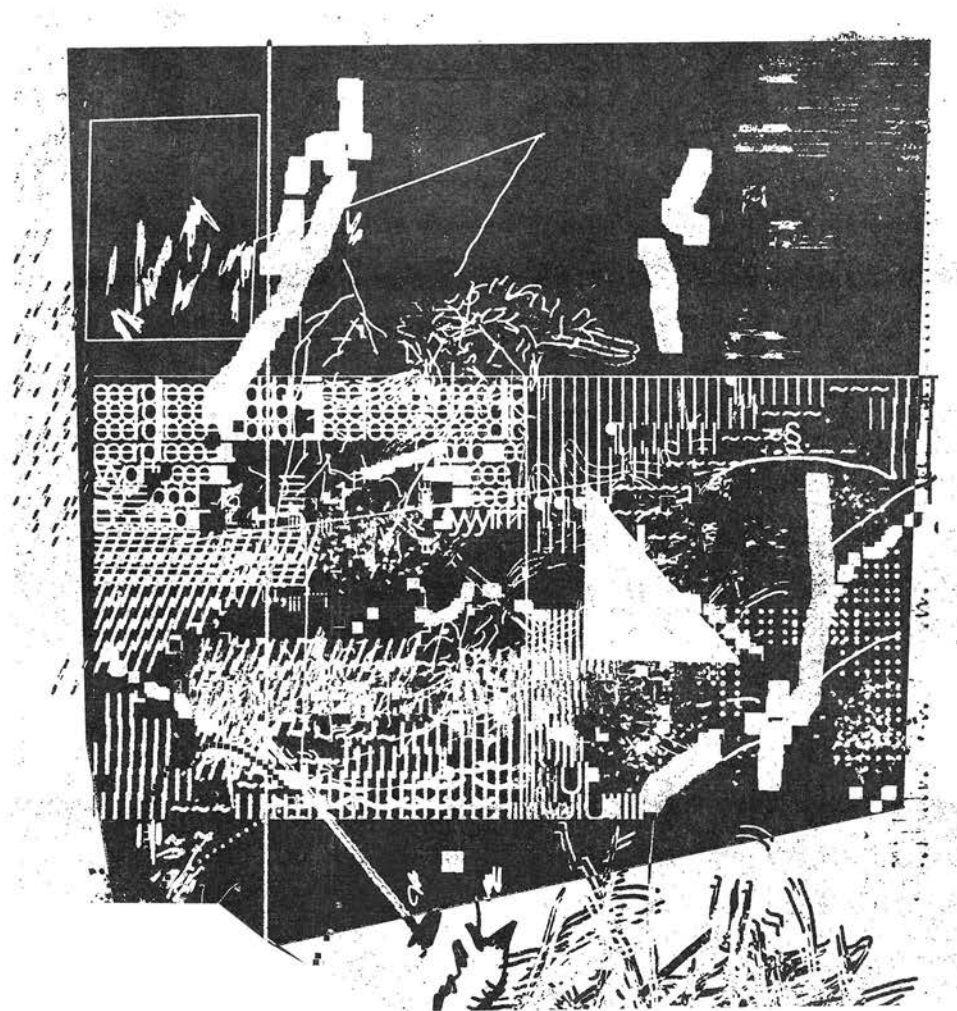
dispositivo resulta similar a un ordenador. Genera una serie de datos organizados en una especie de grilla y, a partir de ellos, construye una imagen rectangular. A su vez, establece una correspondencia entre cada porción del paisaje y su traducción a otra superficie mediante esa grilla. Esa fragmentación produce la ilusión identitaria de estar en control de lo que miro.

La práctica de la suspensión también me llevó a poner en duda nociones tan básicas como arriba, abajo, delante o atrás. Esas categorías están determinadas por una mirada fijada desde un punto de vista estable, vinculada al hecho de tener los pies en la tierra y observar el mundo desde la perspectiva monocular_ de un único ojo. Fue entonces cuando comenzó a surgir en mí la idea de la perspectiva como una máquina.

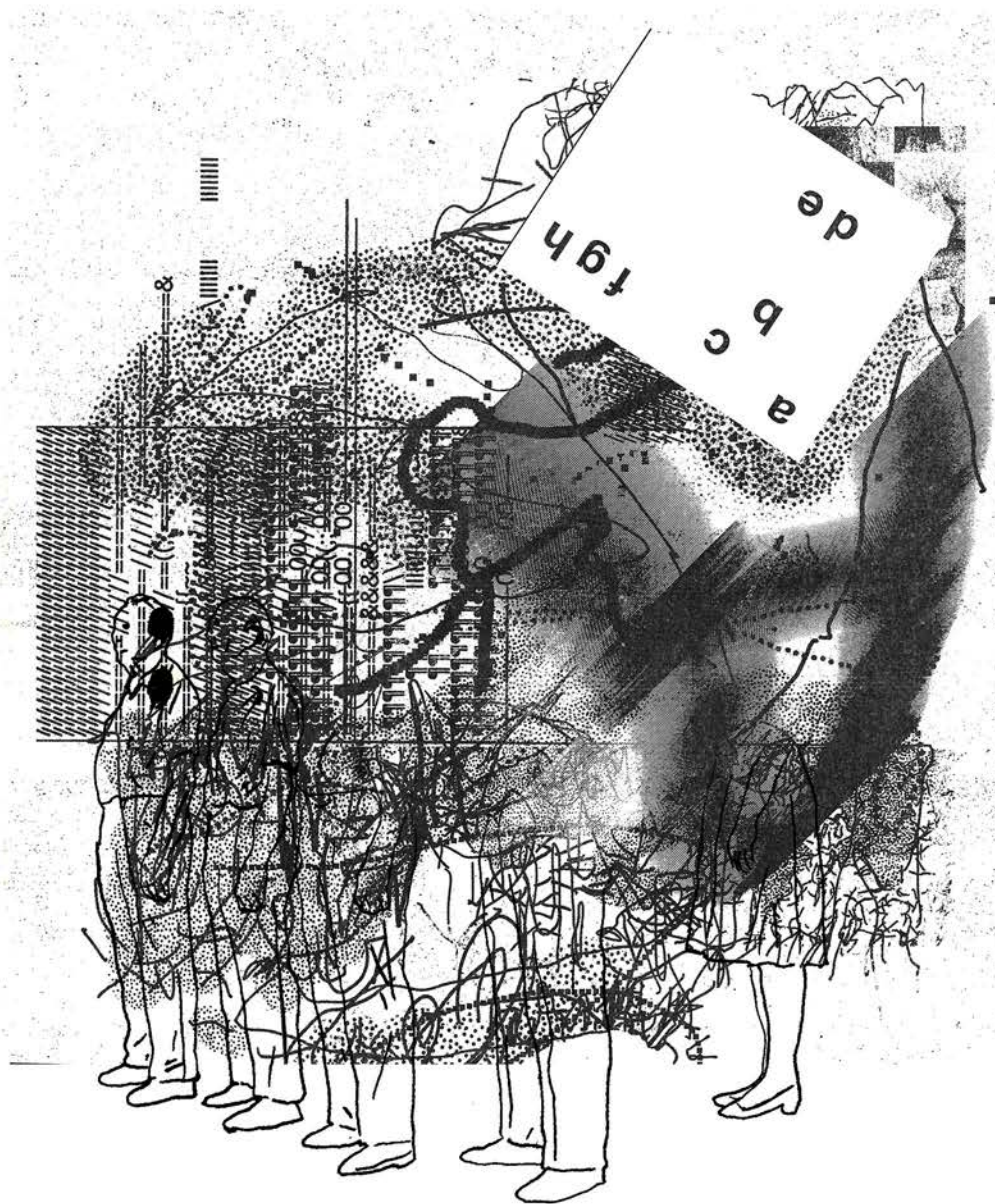
Esa práctica me dio la oportunidad de desincorporar esa mirada monocular renacentista y de explorar otras formas de percepción.

En ese proceso, el tacto se volvió fundamental. Sin tacto no hay humanidad. Me interesa pensarnos como un ensamblaje de interfaces y de los modos en que esas interfaces producen mundo. Solemos creer que somos nosotros quienes modelamos la materia, pero la materia también nos modela a nosotros, en una relación necesariamente bidireccional.

En ese sentido, hay algo muy significativo en la idea de la pinza. Si no pudiéramos asir, agarrar o manipular los objetos, nuestra relación con el mundo sería radicalmente distinta. El modo en que el cuerpo entra en contacto con la materia también configura nuestra manera de conocer, de habitar y, en definitiva, de construir identidad.



Juan Miceli participa en Hashtag #4| DATIFICIO. Es artista experimental y magíster en Artes Electrónicas (UNTREF). Forma parte de La Gran Paternal, Fondo Fluido y Milieux, Instituto de Arte y Tecnología de Montreal. Desarrolla proyectos audiovisuales en diálogo con instituciones y espacios de Argentina y el exterior, entre ellos Concordia University, CCEBA, Presente Continuo, Museo Argentino de Ciencias Naturales y UNSAM/LABART. Ha participado de residencias y programas en Montreal, Bogotá y Estados Unidos, y recibido becas del FNA y ELAP. Desde 2021 produce el Encuentro de Videojuegos Argentina (EVA) en el Palacio Libertad.



La digitalización de los cuerpos

Entrevista a Solimán López

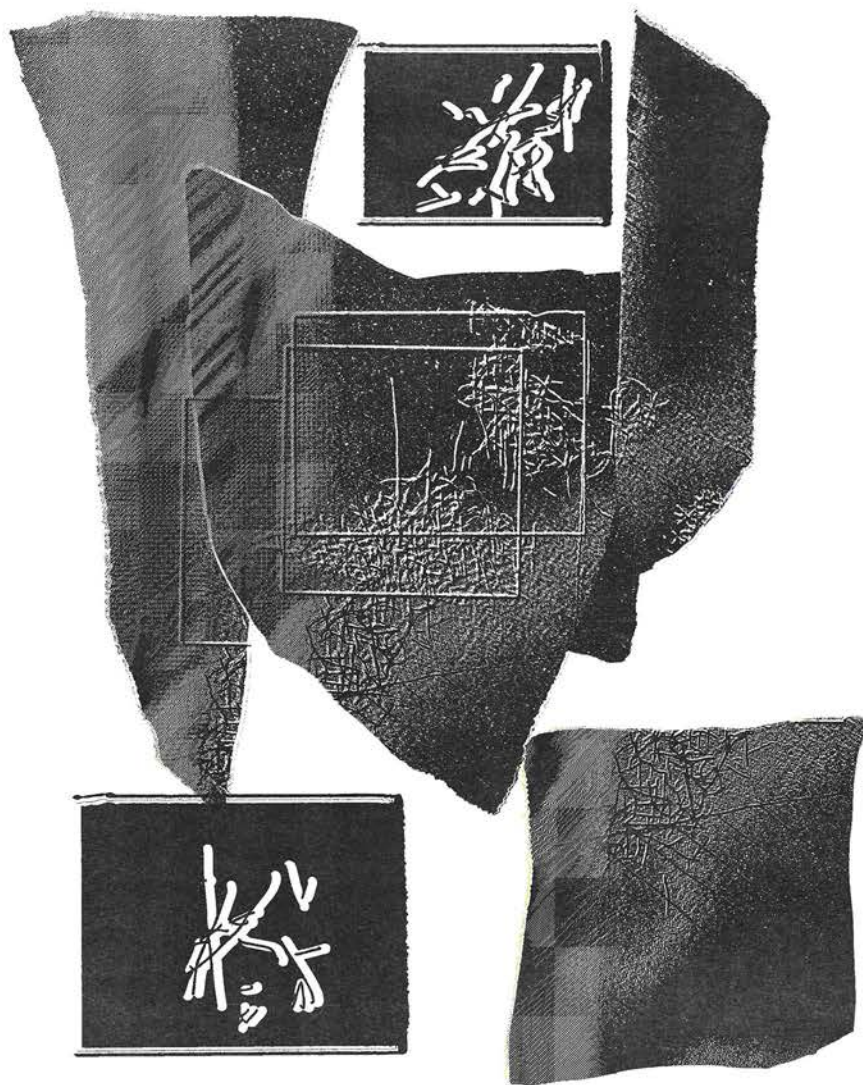
En tu trabajo, la identidad aparece vinculada no sólo al cuerpo, sino también a los datos, la biotecnología, la inteligencia artificial y las imágenes que producimos y circulamos. Pareciera que el cuerpo ya no es el único soporte de la identidad. ¿Cómo entendés esa transformación? ¿Qué lugar ocupa el cuerpo cuando cada vez más aspectos de quienes somos pueden traducirse, registrarse o incluso reemplazarse por datos?

Solimán López: Hoy no hay identidad sin datos. Antigüamente, los datos eran una capa añadida; hoy, en cambio, ya forman parte de la identidad. La biotecnología funciona con datos. Antes, el cuerpo humano se palpaba; hoy se cosifica, se digitaliza. Hay autores que hablan de la compresión del cuerpo en dato.

Con la Revolución Industrial, el cuerpo deja de tener el valor que tenía: la máquina lo sustituye en la cadena de montaje. La fotografía, por su parte, encapsula al cuerpo en un marco visual, y las redes sociales amplifican esa cosificación de manera exponencial. Ya no es un fotógrafo quien produce la imagen, sino cualquiera. Esa multiplicación ha sido inmensa.

Y ahora se produce un nuevo giro con la inteligencia artificial y la imagen generativa, que han borrado la verdad de la imagen. La imagen pasa a ocupar el lugar de la duda.

Entonces, ¿cuál es el rol del cuerpo hoy? Ya no es el cuerpo que se muestra en su máximo esplendor en la imagen, porque la IA puede reemplazar ese cuerpo real; tampoco es el cuerpo que trabaja en la máquina, porque la fábrica lo ha sustituido por robots. Entonces me pregunto: ¿cuál es el lugar del cuerpo en el siglo XXI?



Futuro Brillante

Entrevista a Claudio Roncoli

Tenés una increíble colección de robots de juguete y una juguetería en tu familia ocupó un lugar importante en tu infancia. ¿Qué futuro proyectabas en algún momento y qué lugar tenían esos robots allí?

Claudio Roncoli: Crecí en una familia vinculada a una juguetería, por lo que los juguetes nunca fueron para mí simples objetos de consumo. Eran puertas de entrada a otros mundos. Los robots, especialmente, representaban una promesa: la idea de que el futuro iba a ser más avanzado, más emocionante y, de alguna manera, mejor.

De chico imaginaba un futuro lleno de máquinas, viajes espaciales y nuevas tecnologías, pero también profundamente humano. Los robots eran nuestros protectores; tenían poderes, personalidades y una misión, al igual que los super héroes que también me gustan. Los robots no venían a reemplazarnos, sino a acompañarnos y ayudarnos. Hoy entiendo que también funcionaban como pequeños tótems: objetos sobre los cuales proyectábamos nuestros deseos, miedos y esperanzas.

¿Creés que la llegada de lo digital transformó aquel imaginario de futuro? ¿Creés que hoy, con el datificio, podemos superarlo o superarnos? ¿De qué manera incide?

Claudio Roncoli: La llegada de lo digital transformó completamente ese imaginario. El futuro que antes parecía lejano hoy está sucediendo de manera permanente y en constante cambio, al punto de sentirnos apabullados mes a mes por las nuevas actualizaciones. Vivimos conectados, producimos información constantemente y gran parte de nuestra identidad se traduce en imágenes, números, perfiles y datos.

El datificio puede expandir nuestras capacidades, ayudarnos a conocernos, crear y relacionarnos de nuevas maneras. Pero no creo que la tecnología, por sí sola, implique una superación. También puede controlarnos, uniformarnos o alejarnos de nuestra

Solimán López es artista contemporáneo español. Su práctica opera en la intersección entre arte, ciencia, tecnología y transición ecológica. Expuso en más de 20 países de Europa, América, Oriente Medio y Asia, en museos, bienales, ferias, foros científicos y espacios públicos.

experiencia física y emocional.

Para mí, la verdadera pregunta no es hasta dónde puede avanzar la tecnología, sino si nosotros podemos evolucionar humanamente al mismo ritmo. ¿Somos mejores porque tenemos más información? ¿Somos más libres porque estamos más conectados? ¿O estamos construyendo una maquinaria que avanza más rápido que nuestra propia conciencia?

Estás trabajando en una colección que llamás *Futuro Brillante* y que está atravesada por la experiencia digital. Contanos un poco de ese futuro.

Claudio Roncoli: *Futuro Brillante* nace justamente de esa contradicción. El título contiene una promesa, pero también una pregunta. Durante décadas nos dijeron que el progreso tecnológico nos conduciría inevitablemente hacia un mundo mejor. Sin embargo, hoy convivimos con avances extraordinarios y, al mismo tiempo, con una enorme incertidumbre, ansiedad y soledad.

La serie reúne robots, máscaras, calaveras, pantallas, luces, música electrónica y elementos vinculados con el consumo. Son una especie de tótems contemporáneos que mezclan la nostalgia por el futuro que imaginábamos en la infancia con el presente hiperconectado que finalmente construimos. La experiencia digital atraviesa tanto el concepto como la producción de las obras: modelado e impresión 3D, imágenes en movimiento, pantallas y música.

Pero siempre intento devolverles cuerpo, volumen y materia. Me interesa ese pasaje de lo digital a lo físico, como una forma de darle alma a aquello que, en principio, es solamente información.

¿Cómo se vincula ese futuro con una identidad y una experiencia en relación con el datificio? ¿Funciona como testimonio del presente, como continuidad de lo que sucederá si seguimos el rumbo actual o como un ejercicio de ficción especulativa?

Claudio Roncoli: Creo que funciona de las tres maneras al mismo

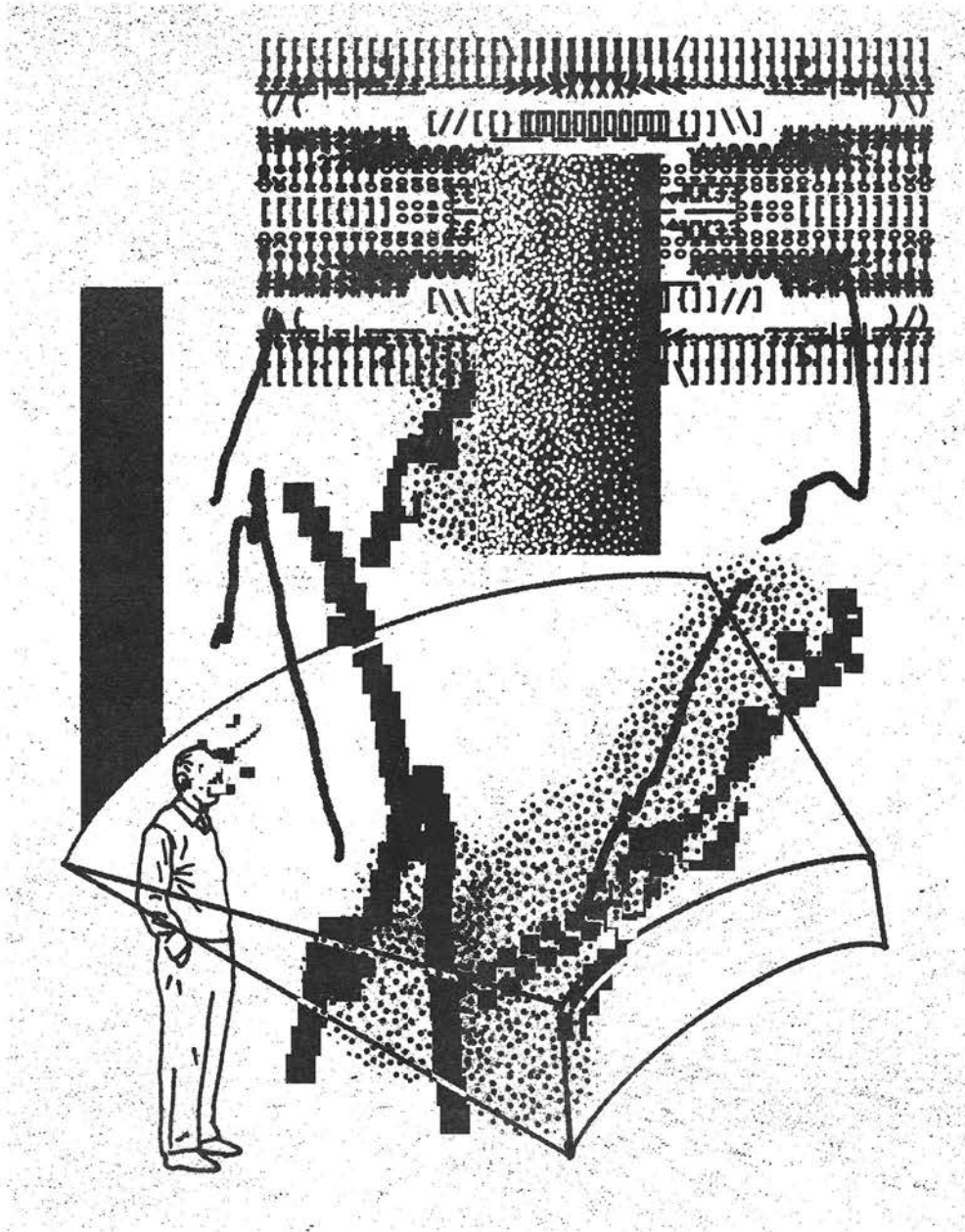
tiempo. Es un testimonio del presente porque habla de cómo construimos hoy nuestra identidad: mediante imágenes, datos, algoritmos, consumos y representaciones digitales de nosotros mismos.

También plantea una posible continuidad. Si seguimos avanzando sin preguntarnos hacia dónde vamos, podemos terminar delegando cada vez más aspectos de nuestra identidad, nuestras decisiones y nuestros vínculos. Corremos el riesgo de convertirnos nosotros mismos en productos o personajes administrados por sistemas que conocen nuestros hábitos mejor que nosotros.

Pero *Futuro Brillante* también es un ejercicio de ficción especulativa. No intenta predecir literalmente lo que sucederá, sino crear imágenes que nos permitan pensar el presente desde un futuro posible.

Mis robots no son respuestas: son preguntas materializadas. En el fondo, mi trabajo no habla solamente de tecnología. Habla de nosotros frente a ella. De nuestra necesidad de conservar la memoria, el deseo, el juego y la capacidad de imaginar. Porque el progreso avanza, eso es indudable. La pregunta es: ¿*nosotros también?*

Claudio Roncoli participa en Hashtag #4| DATIFICIO. Artista argentino de trayectoria internacional, su práctica se expande entre las artes visuales, la música, la instalación, la escultura, la gráfica y el videoarte. Egresado de la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón, a lo largo de más de tres décadas construyó un universo visual propio donde la cultura pop, la tecnología, el consumo, la memoria y la espiritualidad contemporánea se convierten en signos de época. Su obra ha sido exhibida en América Latina, Estados Unidos y Europa, y forma parte de colecciones públicas y privadas. Su trayectoria en dirección de arte fue reconocida con un Latin Grammy y un Grammy por su trabajo visual en proyectos musicales.



Un universo de conjeturas hacia una identidad evanescente

Joaquín Fargas

¿Qué es la identidad? ¿Es aquello que hace que algo sea único y reconocible? Cada hecho, cada objeto y cada sujeto parecen ser únicos. Sin embargo, estamos inmersos en una infinitud inconmensurable, imposible de abarcar desde nuestro nivel de conciencia. Frente a esa inmensidad, solo nos queda pensar que somos seres únicos e irrepetibles.

Pero ¿es realmente así? ¿Somos individuos autónomos o formamos parte de un organismo infinitamente complejo, cuyo propósito desconocemos?

¿Será que la inteligencia artificial nos está conduciendo por un camino en el que la identidad comienza a desdibujarse? ¿Qué sucede con los derechos de autor? ¿Qué nos pertenece verdaderamente? La IA produce imágenes, textos, sonidos e ideas en los que muchas personas reconocen fragmentos de sus propias obras y reclaman haber sido plagiadas. Entonces, ¿a quién pertenece lo generado por una inteligencia artificial? ¿La autoría corresponde a quien formula la instrucción, a quienes desarrollaron el sistema, a quienes produjeron los datos con los que fue entrenado o estamos ante una nueva forma de autoría colectiva?

Quizás nuestra identidad nunca nos haya pertenecido por completo. Tal vez se construya a partir de una multitud de voces, imágenes, recuerdos, aprendizajes y experiencias que provienen de otros. Pero ¿qué ocurre cuando todo eso es absorbido por un inmenso agujero negro de información y conocimiento?

¿Quién —o qué— es la inteligencia artificial? ¿Es una creación de nuestra civilización? ¿Es una tecnología, una empresa o una corporación? ¿Existe detrás de ella una estructura interesada en apropiarse de nuestros datos, deseos y comportamientos? ¿Con qué finalidad? ¿Para conocernos, condicionarnos o convertirnos

en consumidores permanentes?

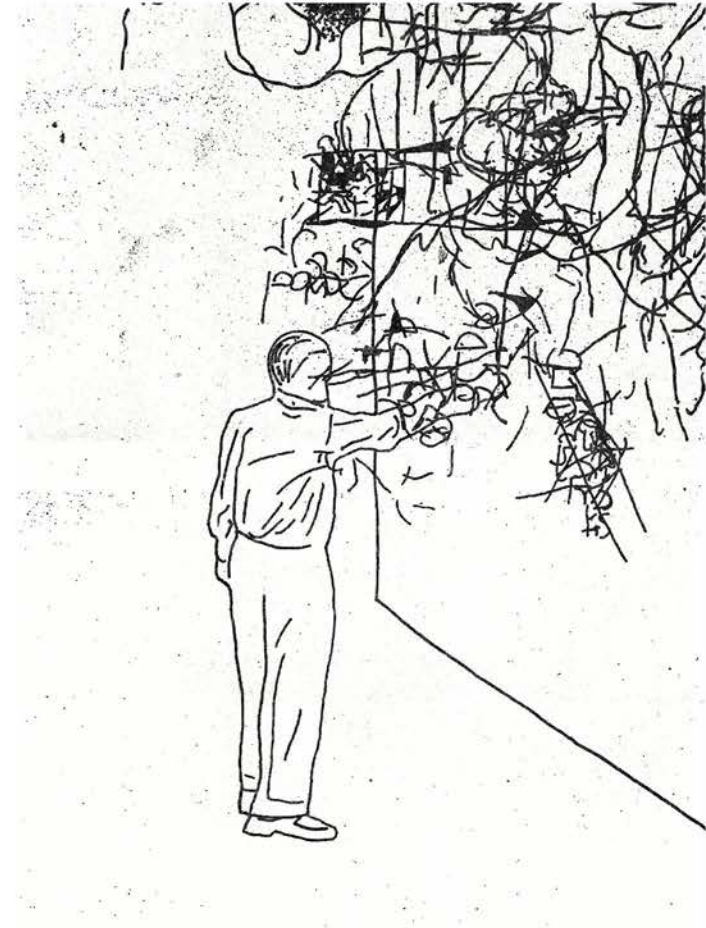
Es la IA un “qué” o un “quién”? ¿Un objeto o un sujeto? Y, si fuera un sujeto, ¿quién sería?

Quizás sea el fruto de nuestra evolución cultural y tecnológica: un reservorio de datos, individualidades e identidades con un magnetismo tan poderoso que, como sucede en un agujero negro, nada puede escapar de su campo de atracción. Así como la luz queda atrapada en él, nuestras singularidades podrían ser absorbidas y transformadas en una masa informe —o uniforme— de identidades.

¿Nos dirigimos hacia “la Identidad”: una nueva entidad única, construida a partir de todas las demás? ¿Estamos quedando atrapados en una fusión del conocimiento? Y, si nuestras identidades se desdibujan, ¿hacia dónde vamos?

¿Hacia una forma de conciencia colectiva? ¿Hacia una masificación gobernada por un pensamiento único, sin individualidades ni diferencias? ¿Será la inteligencia artificial el nuevo dios que promete proveernos conocimiento, felicidad e incluso una forma de vida eterna?

Tal vez desaparezca el “yo”. Tal vez deje de existir el “mío”. Y quizá el único individuo posible sea, finalmente, “nosotros”.



Joaquín Fargas Artista-ingeniero // Ingeniero-artista. Joaquín Fargas integra los campos artístico, científico y tecnológico en su obra. Su producción se centra en propuestas posibles o utópicas que exploran la vida, su preservación y la interrelación entre los seres vivos y el futuro. Desde principios de los años 2000, ha incorporado tecnologías digitales y de comunicación, así como la robótica y la biotecnología en sus obras. Se destacan las instalaciones “site specific” en lugares remotos tales como la Antártida, desierto de Atacama y desierto de Sahara entre otros. Su obra ha sido expuesta en museos, galerías y bienales. Participó en Hashtag #2 | Eutopía. También es conferenciante TED.



El datificio antropófago: la identidad colectiva latinoamericana en la era de los datos

Enrique Avogadro

Hace unos meses me pasé una semana viendo en loop el Tiny Desk de Milo J en NPR. En una de las vidrieras musicales más importantes del mundo, un pibe de Morón puso un mate, el Martín Fierro, una chapa de Malvinas y un vinilo de Horacio Guarany, y cantó zambas en español rioplatense, acompañado por Agarrate Catalina. Al rato, inevitablemente, el algoritmo tomó nota. Mi pantalla se llenó de chacareras, de murga uruguaya, del folklore más random. Mi datificio, bien alimentado por mis devaneos en la red, me reconocía ahora como un latinoamericano interesado en nuestros géneros musicales.

La conversación sobre identidad y datos suele darse en singular. Mi perfil, mi huella, mi privacidad, la máscara que los sistemas de clasificación construyen delante de cada uno de nosotros. Ahora bien, *¿qué pasa con la identidad colectiva? ¿Qué pasa cuando lo que se convierte en datos no es una persona sino una cultura entera?* Eso ya está pasando de diferentes maneras.

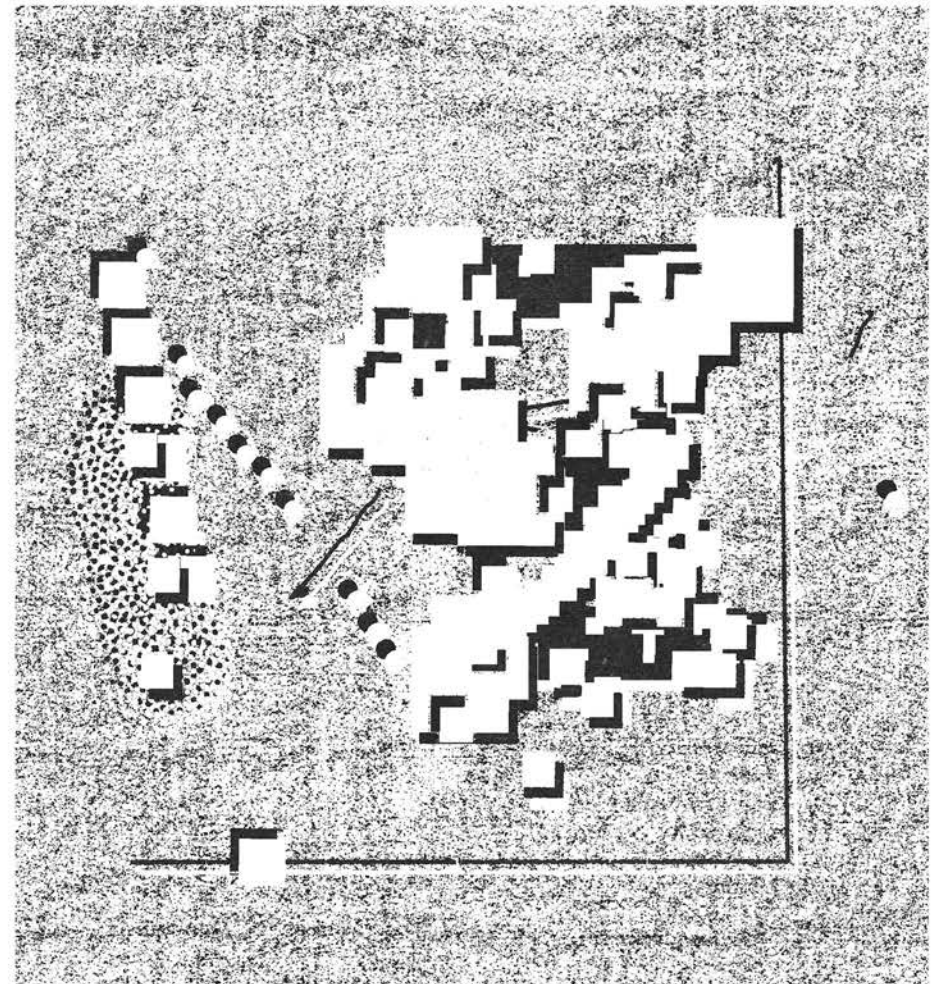
En junio abrió en Los Ángeles el primer museo de arte generado con inteligencia artificial del mundo. Dataland, fundado por el artista turco Refik Anadol en un edificio de Frank Gehry, no tiene cuadros. En su lugar hay obra generada en tiempo real por un modelo entrenado con datos recolectados en 16 selvas del planeta. Humedad del suelo, cantos de aves, señales químicas entre árboles. La naturaleza como dataset. *El nuevo arte no se alimenta de talento solamente sino de datos únicos, muchos de los cuales son nuestros.* La Amazonía y los Andes, el guaraní y el quechua, la cumbia y el candombe, los archivos de nuestros pueblos e incluso nuestros cielos, esos que el proyecto Celeste de Solimán López propone mirar como una identidad sin fronteras.

¿Cómo protegemos esa identidad diversa y coral? *Si la identidad*

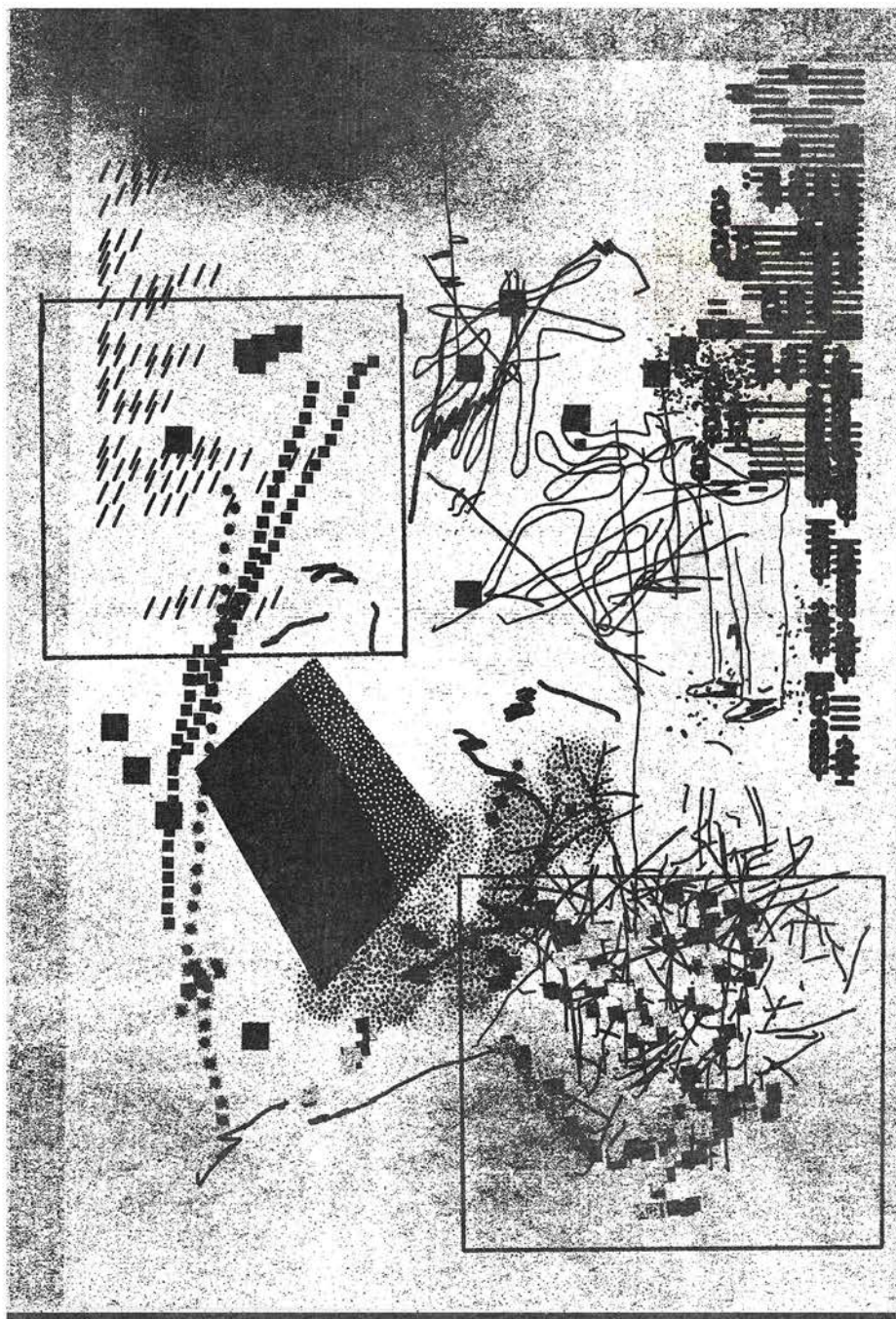
individual se defiende con criptografía y regulación, la identidad colectiva debería defenderse con soberanía sobre los datos culturales y, sobre todo, con instituciones propias. La historia del arte muestra cómo cada tecnología nueva termina construyendo su museo, y quien construye la institución define el canon, decide qué se muestra, qué se colecciona y qué vale. La pregunta entonces para América Latina no es si nuestras culturas van a ser datificadas. Ya lo están siendo. Lo que tenemos que preguntarnos es si vamos a ser solo proveedores de materia prima simbólica o si en cambio buscamos crear instituciones que la convierten en valor.

El pasado puede darnos algunas pistas inspiradoras. Hace casi cien años, Oswald de Andrade y Tarsila do Amaral publicaron el Manifiesto Antropófago, atacando la idea de que esta región copiaba y llegaba tarde. No imitamos, devoramos, dijeron. Masticamos las influencias ajenas y las devolvemos transformadas en algo nuevo. ***Necesitamos un datificio antropófago que, en lugar de rechazar los modelos y las plataformas, los digiera desde el territorio:*** entrenado con nuestros archivos, curado con nuestros criterios, y capturando acá el valor de lo que acá se origina.

Para aterrizar este desafío, algunas preguntas prácticas para quienes están trabajando en el campo de las industrias creativas y la cultura: ¿quién es dueño del archivo con el que trabajás? ¿Qué dato único tenés que nadie más en el mundo puede replicar? ¿Y a qué institución estás ayudando a construir cuando lo entregás? Cada interacción deja una huella, es cierto. Me gustaría que las huellas de nuestras culturas no terminen siendo la materia prima silenciosa del arte de otros, sino los cimientos de un datificio con acento propio. Como el mate de Milo J en el escritorio de NPR: un dato imposible de replicar, puesto ahí, a la vista del mundo, por su dueño.



Enrique Avogadro es consultor y divulgador especializado en economía creativa y desarrollo. Fue Ministro de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires y Subsecretario de Economía Creativa de la Nación. Dirige Pulmón Creativo, consultora y newsletter semanal sobre industrias culturales con mirada latinoamericana, y conduce el ciclo Baikal Creativo. En 2025 dio la charla TEDxRíodelaPlata "No hace falta ser un artista para pensar como uno". Cree que América Latina puede ser el pulmón cultural y creativo del mundo.



Habitando límites

Andrea Estankona Loroño

Creo que podríamos estar de acuerdo en que si hubiera que encontrar una palabra que describiera el estado de ánimo general de este momento que vivimos podría ser desasosiego.

Desasosiego es una palabra que nos sitúa en un punto intermedio entre temor y asombro. El mundo algorítmico que hoy es nuestra realidad nos ha acostumbrado a la interrupción, a la fragmentación, a la sorpresa continua y a la complejidad y la incertidumbre como el marco de vida.

En esta hipermodernidad tecnológica que habitamos pero que también nos habita surge cada vez con más urgencia una pregunta de carácter existencial: ante el límite de lo humano, ¿quiénes somos, quiénes estamos siendo y quiénes queremos ser?

María Zambrano escribió que no se pasa de lo posible a lo real, sino de lo imposible a lo verdadero.

Para mí esta reflexión resulta hoy especialmente pertinente porque, claramente se está destruyendo nuestra confianza en el mundo instituido, en el mundo que tenía sentido para nosotros, y lo imposible, lo inverosímil y lo monstruoso son ya presencias cotidianas.

Necesitamos comprender, adjudicar sentido a la experiencia que estamos viviendo. Esta necesidad implica algo que va más allá de una metodología. Comprender no es algo que hacemos, es lo que somos.

Necesitamos pensarnos en común consciente y críticamente para vincular lo que podemos hacer con lo que vamos a ser.

En un devenir en continua aceleración, parecemos abocados por primera vez en la historia a convivir con una conciencia otra que empieza a determinar un orden social y un sistema de gobernanza

que aparentemente nos incluye, mientras avanza hacia una autoautomatización que nos despoja de toda capacidad de agencia. Nuestra experiencia del mundo empieza a estar condicionada por una nueva relación ser humano-máquina, con un sistema algorítmico capaz de destruir la verdad, estandarizar la imaginación y automatizar la creación.

El hecho de que estos sistemas avanzados de lenguaje estén ocupando cada día un mayor espacio en nuestro desarrollo emocional y psicológico complejiza y añade un condicionante más a nuestros procesos de subjetivación.

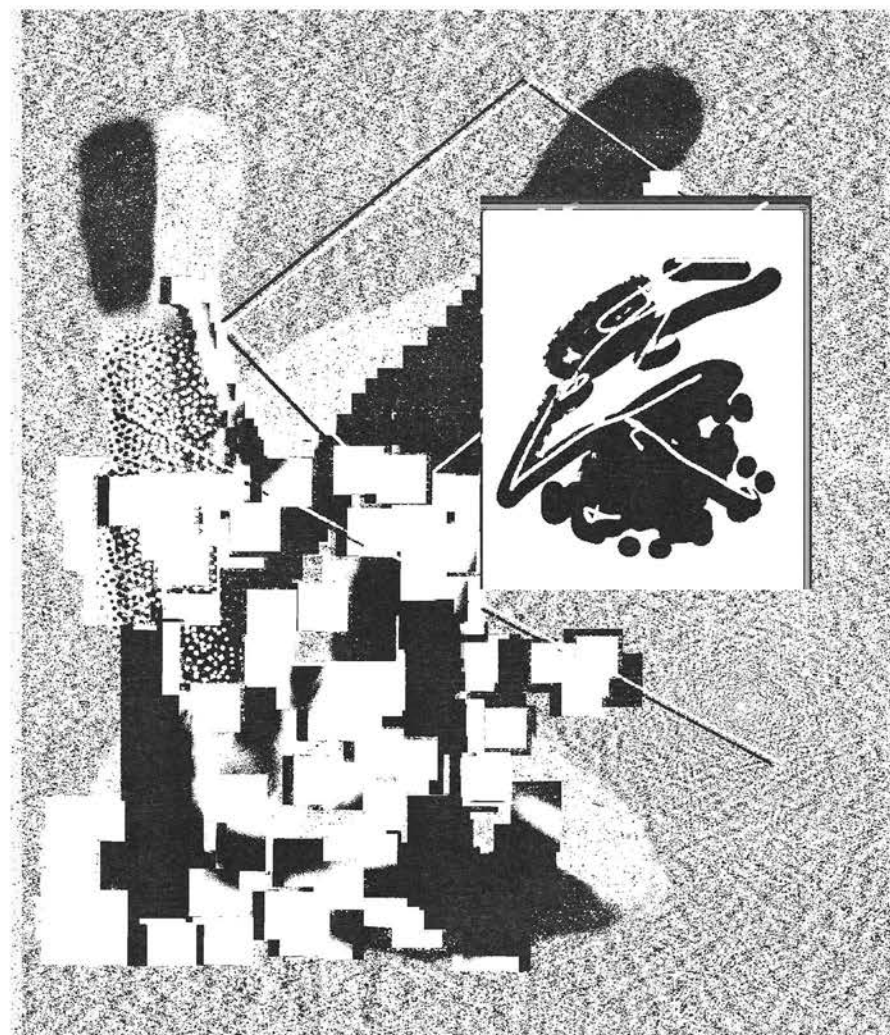
Nos asegura soluciones tecnológicas en un orden social en el que la debilidad humana y las inconveniencias del debate democrático serán superados para siempre. Pero al mismo tiempo, nos ocultan los sofisticados sistemas de control y gobernanza que se están desplegando, la irresponsable extracción de recursos naturales y el aumento constante de la desigualdad.

Quizás la tarea más urgente sea pensar en cómo vamos a ser capaces de enunciar un nuevo nosotros, una nueva identidad humana que, frente a la imposición de lo productivo y lo cuantificable, reivindique el sostenimiento de la vida y la imaginación creadora como fuerza de resistencia y transformación.

Una pequeña fábula, Franz Kafka

¡Ay! -dijo el ratón-. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo. Corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan rápido que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa sobre la cual debo pasar.

-Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo -dijo el gato... y se lo comió.



Andrea Estankona Loroño es docente en la Facultad de Bellas Artes de la EHU, investigadora en análisis cultural y comisaria. Doctora en Investigación en Arte Contemporáneo e historiadora del arte, con máster en Ciencias Sociales y en Conservación y Exhibición de Arte Contemporáneo. Su línea de investigación problematiza, desde un enfoque interdisciplinar, el proceso de transformación de las prácticas artísticas contemporáneas ante la IA, el tecnocapitalismo y el paradigma posthumano. Actualmente dirige junto a Mawatres el proyecto PENSAR MAÑANA.

Internet del Valor: identidad y reputación

Entrevista a Diego Gutiérrez Zaldívar

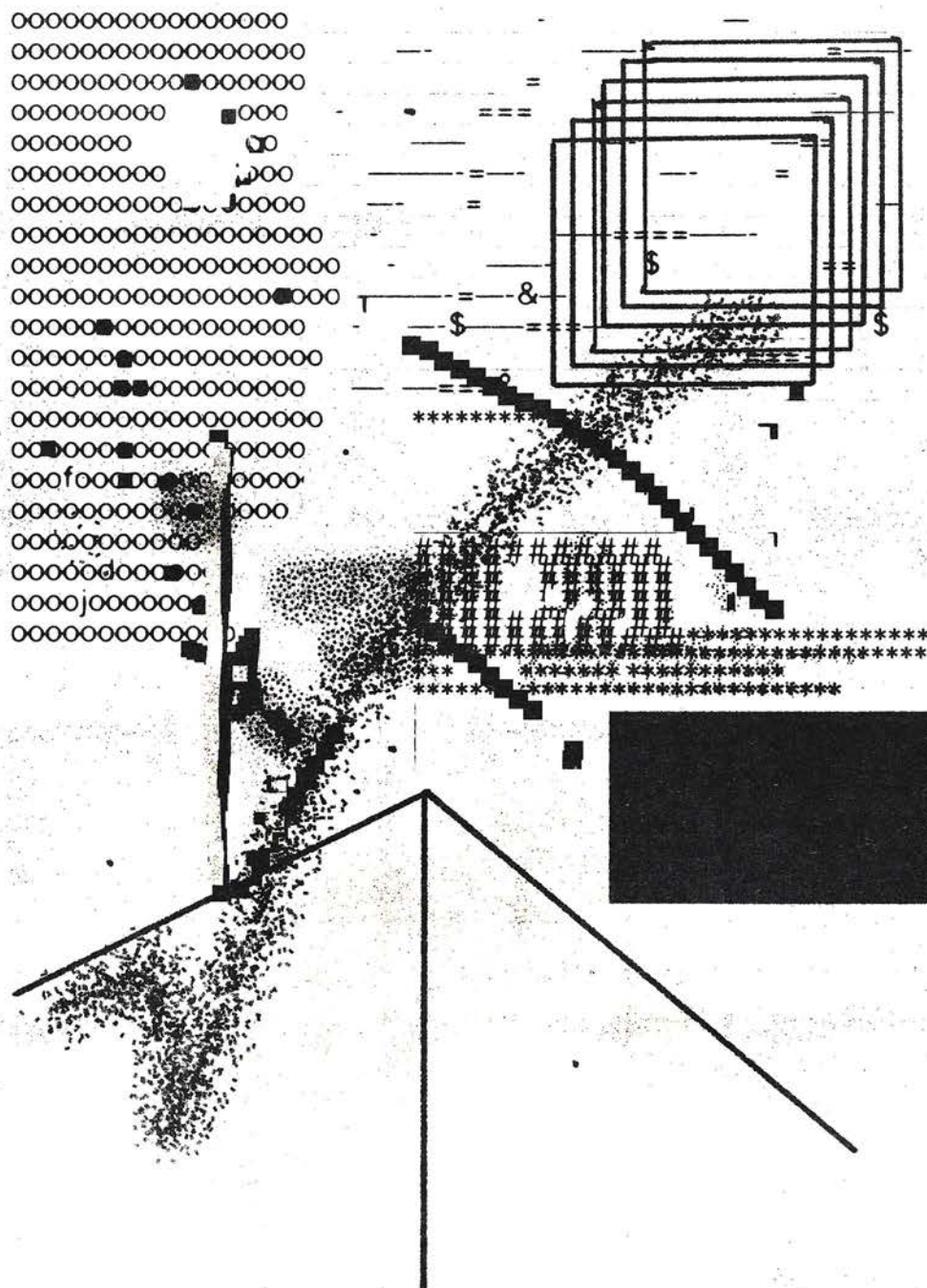
Venís del mundo de la tecnología desde los inicios de Internet en Argentina, fuiste parte de aquella primera web y más tarde uno de los referentes del ecosistema Bitcoin. ¿Qué fue lo que viste en Bitcoin que te llevó, en 2015, a hablar de la “Internet del Valor” y qué significa ese concepto?

Diego GZ: En la primera ola de Internet lo revolucionario fue el acceso abierto e irrestricto a la información. Con Bitcoin aparece otra posibilidad: el acceso abierto e irrestricto a las finanzas. En 2015 llamé a la segunda ola Internet del Valor. No me refería solamente a lo monetario. Por eso hablo de Internet del Valor y no de Internet del Dinero, término que acuñó Andreas Antonopoulos, un gran divulgador de Bitcoin más o menos en la misma época. Para mí se trata del valor, de todo lo que es valioso para los seres humanos. Y por eso uno de los elementos que considero fundamentales en esta construcción, y que todavía no se pudo manifestar plenamente, es la construcción de una identidad reputacional.

¿Cómo sería una identidad reputacional?

Diego GZ: Bueno, los sistemas de reputación ya existen. Son, en buena medida, lo que hace que funcionen plataformas como Mercado Libre, Uber o Airbnb. El desafío sería que pudieran funcionar de forma portable y abierta: que la reputación sea de la persona que la construye y no de la plataforma. Las plataformas pueden quedarse también con la reputación de las personas para las que facilitan los intercambios, pero hoy están construyendo un negocio en base a un activo que no les pertenece; y no lo están compartiendo con la gente. Por eso, una de las revoluciones más grandes, cuando esto termine de manifestarse —porque todavía tiene sus desafíos—, será justamente empezar a devolver esa reputación a quien la construye.

Esto es algo que ya ha pasado. En la polis griega, la reputación era todo: cómo te comportabas, quién eras y demás. Por eso la condena



al ostracismo en Grecia era básicamente una condena a muerte. Por eso algunos preferían tomar cicuta que salir de la polis. Cuando salías de la polis no eras nadie. Perdías tu reputación, aquello que habías construido vos, tu familia y tu comunidad.

Hoy en día, entre los algoritmos de búsqueda, los algoritmos de las redes sociales y ahora la inteligencia artificial que no es neutra y tiene una retroalimentación hecha por seres humanos, se construye un modelo. Después los seres humanos lo retroalimentan y le dicen esto está bien, esto está mal. Esos seres humanos que retroalimentaron a la inteligencia artificial tienen un bias_ una tendencia en alguna dirección. Ahora la gente cree que la realidad es eso que ven cuando en realidad esa realidad está primero condicionada por los que entrenaron las inteligencias artificiales, por los que crearon los algoritmos de búsqueda, por los que crearon los algoritmos de priorización de las redes sociales y encima retroalimentado por lo que uno le da. Con lo cual empieza a pasar que la gente empieza a entrar en un túnel donde la realidad que creen que están viendo es, en realidad, una realidad acomodada a ellos. Entonces estamos viviendo una situación donde cosas que eran dadas, que había una realidad y hoy ya no la hay. Surge así un desafío para la humanidad muy grande. Y creo que es necesario empezar a poder certificar qué viene de una persona, y cuál es la reputación de esa persona. Quizás allí aparece una de las dimensiones más interesantes del Internet del Valor: una Internet en la que no solamente podamos intercambiar valor de manera directa, sino también construir una identidad reputacional portable y abierta, donde la reputación es de la persona que la construye y no de la plataforma que media la relación.

Si pensamos en una identidad y una reputación que pertenezcan a las personas y no a las plataformas, ¿qué papel juegan la descentralización y la criptografía en la construcción de ese otro modelo de Internet?

Diego GZ: Hay otra cuestión que atraviesa esta idea: la concentración de poder. Esta es la fuente de corrupción de la sociedad, independientemente de qué tipo de poder sea. Hoy hablamos de descentralización, pero a fines de los noventa ya se

hablaba en Internet de distribución y descentralización, aunque desde otra óptica: desde el conocimiento y el acceso a la opinión.

El primer Internet también viene de ese lugar. Los primeros protocolos de intercambio de archivos, la comunicación P2P y la lucha por liberar la criptografía compartían una idea.

La criptografía es una tecnología, pero también es conocimiento. Y es un conocimiento que tiene que ver justamente con empoderar y proteger al individuo. Usar criptografía público- privada y que eso esté distribuido entre los individuos hace que no pueda haber un poder totalitario monitoreando a la población de manera masiva. Distinto es la ejecución de la ley; pero uno no necesita monitorear a todos los individuos para evitar que el crimen suceda. Porque sino entras en una especie de *Minority Report*. Y con esa justificación de monitorear a todos los individuos hay muchos estados que están llegando a ese modelo totalitario. Sería un social scoring en manos de un poder central. En este sentido, 1984 era una advertencia.

Diego Gutiérrez Zaldívar es un empresario tecnológico argentino, pionero de internet desde 1995 y referente de la industria blockchain en América Latina. Participó en proyectos fundacionales como Clarín Digital, Patagon.com e Internet Argentina, antes de volcarse de lleno al mundo cripto tras conocer Bitcoin en 2011. Impulsó la Comunidad Bitcoin Argentina y LaBitConf, y en 2015 cofundó RSK Labs para desarrollar infraestructura blockchain en la región. Desde noviembre de 2025 es CEO de RootstockLabs, además de liderar IOVLabs y cofundar Koibanx.

Programar lo que dejamos ver

Santiago Palladino

“Los mensajes y las llamadas están cifrados de extremo a extremo. Nadie fuera de este chat, ni siquiera WhatsApp, puede leerlos ni escucharlos.” Esta frase, que vemos al iniciar cada conversación, resume a la perfección qué es lo que nos da la criptografía: privacidad sin necesidad de confiar en un tercero. No es una promesa hecha por un proveedor, que puede romperse con un cambio de términos y condiciones, o que puede ser vulnerada en un hackeo a un datacenter. Es un hecho embebido en el sistema que estamos usando.

El cifrado es quizás una de las técnicas criptográficas más conocidas. Ocultar mensajes de los ojos de un tercero es una práctica que data de hace miles de años. Hoy en día la mayoría de nuestras comunicaciones están cifradas por defecto, y cualquier dato sensible se guarda cifrado para protegerlo contra una filtración de datos.

Otra herramienta que también usamos constantemente es la firma digital. Permite que una entidad firme un mensaje o documento de manera que cualquiera pueda verificar su origen. Sin ir más lejos, cada vez que nos conectamos a un sitio web, nuestros dispositivos validan a través de un certificado que estamos hablando con el sitio que creemos. Su alcance trasciende las comunicaciones digitales: por ejemplo, todos los pasaportes con chip llevan la identidad de su dueño firmada digitalmente por el gobierno emisor.

Pero la criptografía es una caja de herramientas que va mucho más allá del cifrado o la firma digital. En los últimos años surgió una nueva familia de técnicas: las pruebas de conocimiento cero, o ZKPs por sus siglas en inglés (zero-knowledge proofs). Estas permiten demostrar criptográficamente una aseveración sobre una serie de datos sin revelar los datos en sí.

Retomemos el ejemplo de la firma digital en los pasaportes. Hoy en día, para usar un servicio que requiere verificar la mayoría de edad, tenemos que presentar nuestro documento para probar que una entidad (el gobierno emisor) asevera que nacimos hace más de 18 años. Notemos la cantidad innecesaria de información que estamos transmitiendo: para demostrar nuestra edad, estamos revelando nuestro nombre completo, número de pasaporte, género, y nacionalidad. Es más, ni siquiera es necesario que la contraparte sepa nuestra fecha de nacimiento, sólo debe saber que fue hace suficientes años.

En este escenario, una prueba de conocimiento cero puede demostrar que poseemos un documento, firmado por un organismo de gobierno, que acredita que nacimos hace más de 18 años. Nada más. La contraparte recibe solamente esta prueba, en lugar de una foto de nuestro pasaporte.

Tenemos demasiado naturalizada la práctica de compartir libremente nuestros datos con quien sea que los solicite. Los proveedores tienen la huella de toda nuestra actividad digital, y esa mala práctica les permite además asociarla con nuestra actividad fuera del ciberespacio. Las políticas de privacidad son, en definitiva, una promesa que se ve vulnerada una y otra vez. La criptografía, en cambio, es la garantía construida dentro del sistema de que nuestros datos se mantienen nuestros. No es necesario confiar en el proveedor, pues el proveedor no tiene acceso a los datos que no le incumben.

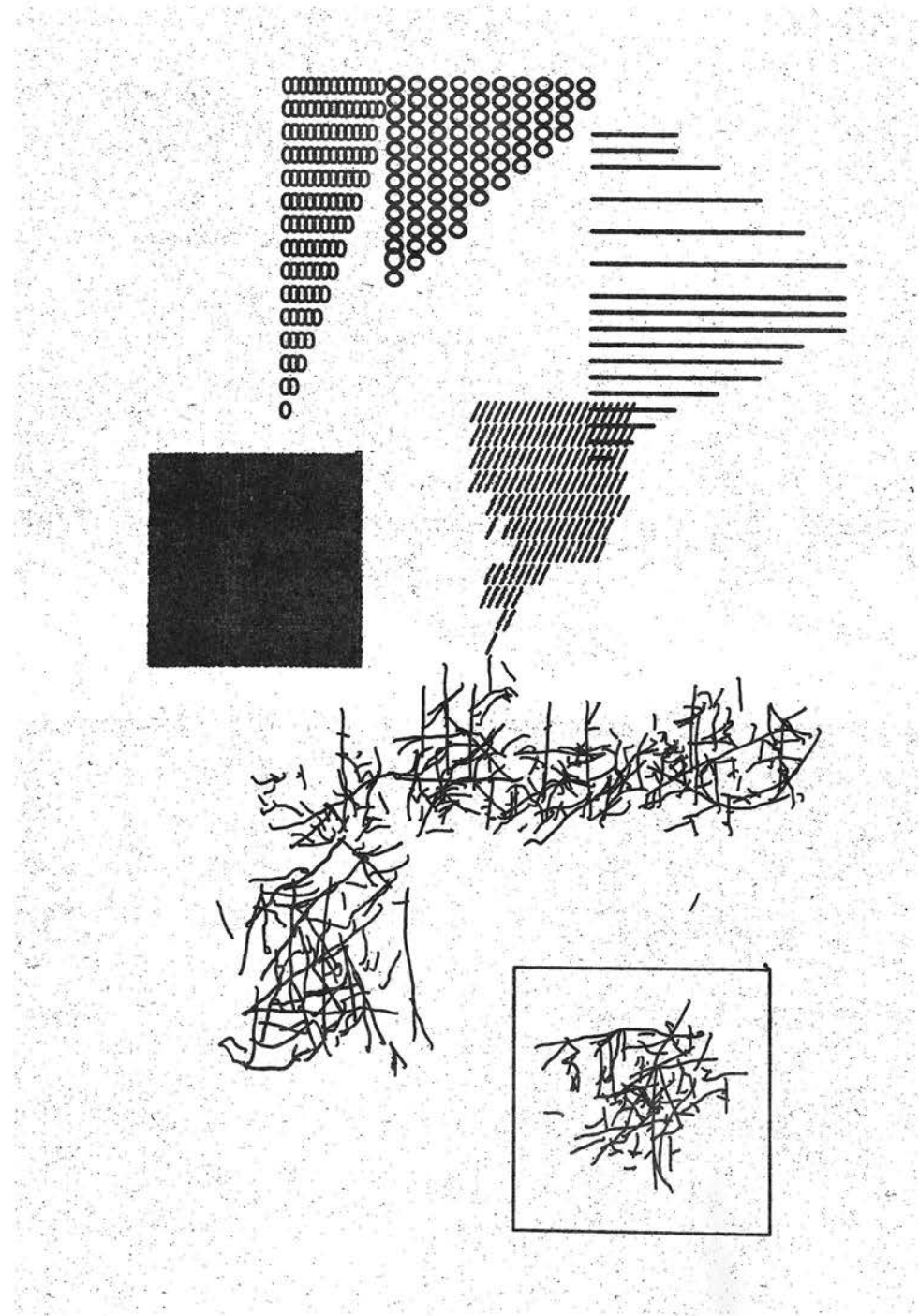
Y esto no se limita al caso del pasaporte. Lo particularmente interesante de las pruebas de conocimiento cero es que forman parte de una nueva manera de hacer criptografía: la criptografía programable. Con esto nos referimos a métodos criptográficos que podemos expresar a través de un programa, sin necesidad de inventar nueva matemática por cada nuevo problema que queremos resolver. Esto baja la barrera de entrada para poder generar pruebas criptográficas a medida para cualquier escenario.

Así podemos generar pruebas criptográficas de que estamos en una región sin necesidad de dar acceso a nuestras coordenadas exactas. O probar que calificamos para un crédito sin revelar nuestros movimientos y saldos. O demostrar que participamos de una comunidad digital sin indicar quiénes somos.

La criptografía programable va más allá de la revelación selectiva de nuestros datos. Una prueba de conocimiento cero puede permitirnos verificar que una imagen provino de la edición de una foto firmada digitalmente por una cámara real, y que no fue generada por la IA de turno. O puede demostrar que una transacción en una blockchain se hizo correctamente, sin revelar los detalles de cada transferencia. Otras técnicas van en la misma dirección: el cifrado homomórfico permite a una empresa computar sobre datos a los que no tiene acceso, y la computación multipartita permite que distintas entidades extraigan información de sus datos conjuntos sin necesidad de compartirlos.

La criptografía hoy en día es una herramienta viable para proteger nuestros datos y privacidad. No necesitamos confiar en la entidad a la que le entregamos nuestros datos, porque no se los entregamos en primer lugar. Está en nosotros utilizar sistemas que respeten nuestra privacidad y estén contruidos para garantizarla matemáticamente a través de la criptografía. Está en nosotros elegir qué dejamos ver.

Santiago Palladino es Lic en Ciencias de la Computación de la FCEN, UBA. Es programador profesionalmente desde hace más de 20 años, y hace 10 que trabaja en el ecosistema de Ethereum. Es autor del libro *Ethereum for Web Developers*. Actualmente es Principal Engineer en Aztec Labs, donde desarrolla soluciones de privacidad usando criptografía.



PROBAR QUE SOMOS HUMANOS

La identidad autosoberana (o Self-Sovereign Identity, SSI) es un modelo de identidad digital donde los usuarios tienen el control total y exclusivo de sus datos personales, sin depender de intermediarios ni de autoridades centrales.

Como en toda estructura, existe un momento fundacional en todo proceso de asociación de un dato a un objeto, de un objeto a un dato. Ocurre durante la catalogación de una obra en una colección; durante el registro de un activo fijo en una organización; o durante la fabricación y recepción de un producto en una industria. Es el pasaje de dato y objeto a una relación de identidad, a la asociación entre ellos.

Alguien también decide esta relación de identificación en las personas. El dato administrativo del DNI, la información de la huella digital, los datos biométricos; se asocian a cada persona para conformar parte de su identidad datificada de por vida.

A partir de ese momento, debemos comprobar permanentemente que somos nosotros. Debemos demostrar una y otra vez que una identidad es efectivamente nuestra. En el papeleo y en los entornos digitales. En edificios, archivos, y también en datificios. ¿Cómo saber quién habla del otro lado de una plataforma?

La validación de transacciones comerciales, el ingreso a aeropuertos y edificios, la obtención de beneficios, o el ejercicio del derecho al voto, son ejemplos de enormes mecanismos de validación tradicionalmente centralizados. Dependen en general de organismos reconocidos como intermediarios con el poder de certificar la identidad de las personas a través de servicios de autenticación.

Como en toda red centralizada, ciertas ventajas operativas pueden transformarse en un riesgo para sus usuarios. La descentralización

basada en la confianza distribuida parece ser más apta para la protección de las personas: ya no es únicamente la persona quien afirma quién es, sino que esa identidad es respaldada por terceros previamente autenticados. La confianza deja de depender de una única autoridad y pasa a construirse como una red de validaciones que se entrelazan entre sí.

Por su parte, la criptografía contribuyó a la creación de mecanismos como las pruebas de conocimiento cero (zero-knowledge proofs). Si una persona demuestra que una afirmación es verdadera (por ejemplo, que es mayor de edad o que posee una determinada credencial) no necesita revelar los datos que sustentan esa afirmación.

Estas iniciativas proponen desplazar el lugar donde depositamos la confianza evitando que ésta dependa de una única entidad, y los riesgos que ello implica. El problema de la autenticación se desplaza entonces hacia el interés genuino de la protección de las personas.

Identidad digital auto-soberana

Leonor Guini

Estamos atravesando una crisis de identidad que se produce por varios factores. Una realidad presente y corrosiva que está debilitando las bases de confianza sobre las que se construyen nuestras economías, nuestras instituciones y nuestras relaciones humanas. Hoy, ejecutivos de empresas, funcionarios de gobierno, innovadores tecnológicos y ciudadanos comunes están frente a un dilema histórico: definir el rumbo de la identidad digital para las próximas décadas o permitir que la inercia nos arrastre hacia un ecosistema frágil y vulnerable.

Para los líderes empresariales el desafío es existencial. Si cada interacción digital se convierte en un posible vector de ataque, la pregunta no es sobre la robustez de un sistema, sino cuándo fallará. Las vulnerabilidades que dejan auditar garantizan de seguir operando en mercados donde la confianza digital será requisito.

Las contraseñas y los sistemas de autenticación son cada vez más vulnerables y los sistemas centralizados crean puntos únicos de falla. Incluso la biometría tradicional puede ser engañada mediante técnicas avanzadas como Deepfakes en tiempo real y réplicas físicas.

Nuestro ID (DNI) es otorgado por el Estado como tercero de confianza que garantiza que somos quienes decimos ser. El régimen establecido por la Res 11/25 de la Secretaría de Innovación Ciencia y Tecnología la identificación de las personas físicas y jurídicas se puede llevar a cabo en forma presencial y no presencial por los certificadores licenciados en forma biométrica en tiempo real con reconocimiento de rostro y DNI contra la base de datos del Renaper. Si la identificación es positiva, el Certificador puede emitir el certificado de firma digital a favor del solicitante.

Pese a la normativa, se presentan casos de fraudes por suplantación de identidad, situación no tipificada como delito. Entre los malos procesos de identificación, hay al menos 3 niveles:

- Capcha si es humana
- Worldcoin si es un humano único
- ¿Cómo compruebo que soy humano?

La identidad digital auto-soberana (SSI) es un sistema donde las credenciales son portables, seguras e imposibles de falsificar, permitiendo auditar interacciones digitales en tiempo real. En la futura interoperabilidad de las billeteras, cada individuo y organización podrá demostrar su identidad y legitimidad por criptografía verificable, sin intermediarios centralizados y sin sacrificar la privacidad.

Para que esto sea posible, es fundamental la base de protocolos abiertos o públicos que corren sobre una red pública no permissionada. Allí el gobierno es un usuario más, que no controla ni autoriza la emisión de una credencial verificable. Por ello, el desafío de esta lógica reside en su gobernanza y adopción. Esta lógica, además, se basa en la confianza entre plataformas y personas para el reconocimiento y transferencia de credenciales entre sistemas.

La SSI se basa en el uso de un “identificador descentralizado” (DID) que es una dirección con sus propias normas de sintaxis y tratamiento. Los DID se utilizan en tecnologías de registro distribuido (DLT) u otras formas de redes descentralizadas, por lo que no requiere de un sistema de registro centralizado, permitiendo la implementación de una suerte de Infraestructura de Clave Pública descentralizada (DPKI), en oposición a los sistemas clásicos de PKI, que se basan en la centralización de la función de expedición en manos de un prestador.

Toda la infraestructura (DPKI) se basa en una cadena de bloques y el DID no se almacena en la cadena para cumplir con los requisitos del RGPD. Ya contamos con una variedad de creación de identidades digitales auto-soberanas como uPort, Sovrin, Hyperledger Indy, Digitalis.

Las tecnologías se están apropiando rápidamente. La lógica de nuestras acciones todavía no tanto.

Leonor Guini es Abogada UBA, Obtuvo su título de posgrado como abogada especialista en Derecho de la Alta Tecnología en la UCA (2005), con amplia trayectoria en el desarrollo de proyectos jurídico-tecnológicos en el ámbito público y privado. Se ha desempeñado como asesora legal de la Oficina Nacional de Tecnologías de la Información donde ha desarrollado proyectos de regulación compleja en seguridad tales como los relacionados con la Autoridad Certificante Raíz de la República Argentina y el licenciamiento de Prestadores de Servicios de infraestructura de clave pública del Sector Privado. Actualmente se desempeña como adjunta del Posgrado de "Derecho Informático" de la UBA, a cargo del módulo Registros electrónicos y digitales y como Asesora Legal de Lakaut SA en su carácter de Certificador Licenciado de firma digital.